

RONDÓ CAPRICHOSO. OBERTURA A TERESA

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

Resumen:

Este artículo analiza detalladamente el libro de Francisco Sánchez Bautista titulado *Rondó caprichoso*, publicado recientemente por la Real Academia Alfonso X el Sabio, y en especial la serie de sonetos *Rondó caprichoso. Obertura a Teresa*.

Palabras claves:

Francisco Sánchez Bautista, poesía, sonetos, amor, autobiografía.

Abstract:

This article analyzes in detail the book by Francisco Sánchez Bautista entitled *Rondó capricious*, recently published by the Royal Academy Alfonso X the Wise and special is the sonnet series *Rondó capricious. Overture to Teresa*.

Keywords:

Francisco Sánchez Bautista, poetry, sonnets, love, autobiography.

El poema, que ahora, diciembre 2017, podemos leer completo, pertenece a una literatura estrictamente privada. Puede que el pudor, durante un tiempo, fuese el principal obstáculo para su publicación. Cuenta el poeta que Teresa, aun consciente de su valor, entendía que no era obra para ser leída por todos, ya que conservaba tal carga biográfica, cosas tan particulares, que tenía más sentido para la familia que para el público. No obstante, con el tiempo, al ver publicados algunos, ya fuera de contexto, y también fuera de esa presión que la timidez impone, cesó de oponerse y estimó que podría ser editado.

Lo que sigue es el resultado de una lectura, en la que he disfrutado no sólo por compartir esa intimidad gozosa, sino por su excelente construcción de modo que, sometido al vaivén del rondó, una y otra vez, el lector, vuelve sobre la misma emoción, pero siempre renovada.

Se trata de un texto en el que los sonetos se engarzan de tal modo que vienen a conformar una sola pieza, obra que Paco quiere ofrecer a Teresa con motivo de sus bodas de oro, 2005.

Si el nombre supone una identidad, Teresa y Francisco Sánchez Bautista, han sido conocidos. Todas las tardes paseaban y, cuando Paco presentaba un libro, allí estaba a su lado Teresa. Es verdad, por tanto, que pertenecen a la historia de esta ciudad. Cuando nos cruzamos con conocidos, vecinos y desconocidos, podríamos decir que la ciudad se convierte en lugar de encuentro, aunque, sin embargo, queda claro que, el hecho de estar juntos, no implica que nos conozcamos, la ciudad mantiene una privacidad que convierte cada casa en un secreto. Este ha sido el misterio de Teresa y Paco, quienes desde niños se han comportado como destinados a ser el uno para el otro.

Sin duda, Sánchez Bautista, debió pensar en el Pedro Salinas de *La voz a ti debida* y *Razón de amor*. Sin duda debió pensar en el Jorge Guillén de *Salvación de la primavera*. Tanto Salinas como Guillén en sus poemas se inclinan por una voluntad de vivir, entienden el amor como gozosa compañía, frente a los besos tristes, el sexo a oscuras que Pío Baroja describe en *Camino de perfección*. Pero será Quevedo a quien elija para el principio de este canto, al que titula *Rondó caprichoso*, término musical que nos lleva a una afición que practicó como intérprete de laúd desde los catorce a los veinticinco años. El rondó se caracteriza por la repetición, por el predominio de un tema central que se amplifica en digresiones y flashbacks, que siempre vuelven al punto de partida, que es el amor.

Veamos ahora esta biografía afectiva, sentimental, amorosa y su singularidad, pues sin duda ha sido un suceso prodigioso en lo que fue aquella Arcadia famosa donde pájaros, árboles, flores y agua, más la luz y el cielo constituyeron el espacio y escenario, para que tuviera lugar este encuentro.

A menudo cuando el autor compone un texto lo concibe como resultado de una necesidad perentoria, más tarde, en estos mismos versos, el poeta descubre que, como en la nuez, se encierra un libro. Entonces, esos versos, se orientan y se agru-

pan. Los poemas siempre encuentran su destino. Sin duda esa puede ser la historia de este libro, ordenado ya para que así sea leído.

Aunque trataré sobre *Rondó caprichoso*, *Obertura a Teresa*, me gusta pensar que todos los textos de este libro están compuestos para esas variaciones que supone el rondó. Así lo define el Profesor Díez de Revenga en el excelente prólogo de esta primera edición: «Merece la pena una breve reflexión en torno a la organización y estructura que el poeta ha querido otorgar a este conjunto o compendio de caprichos con la intención de recopilar o reunir todo lo que en su vida y en su poesía ha significado la amada, Teresa...»

Tras la *Dedicatoria* a Teresa, único motivo cordial de este libro, los textos *Ángeles imaginarios* y *Ronda de Ángeles* constituyen una preparación necesaria, cada ángel aporta su mensaje, el conjunto muestra la vida en su complejidad; podrían ilustrar momentos mágicos. La existencia del ángel, en términos coloquiales, nos consta por su ausencia, solemos decir: ha pasado un ángel, para indicar que el tiempo se ha suspendido y los presentes tienen conciencia de que ese minuto no les pertenece, porque es superior a ellos mismos. Obligado es *El ángel de la palabra*, que contiene la poética de este amor.

En el centro del libro se encuentra *Rondó*, siguen *Coda* más *Pan, vino y azúcar*, a los que agrega, por último, poemas pertenecientes a otros libros que, de un modo u otro, están vinculados a Teresa. Todos suponen ampliaciones, comentarios sobre el mismo tema. En algunos casos la correspondencia es muy clara.

Rondó se abre con una glosa al primer verso del segundo terceto del soneto de Quevedo titulado: *Amor impreso en el alma que dura después de las cenizas*, y que transcribo:

Triunfará del olvido tu hermosura.

Sánchez Bautista glosa este endecasílabo, marcando, en el primer cuarteto, el tono con el que se desarrollarán los sonetos. Se trata de un tono coloquial, familiar, que subraya la proximidad entre los interlocutores, tono no exento de un humor, que describiría como cervantino, por esa duda que tendrán las posibles lectoras sobre la belleza sin par de Dulcinea, aquí Teresa. Escribe:

¿Fue tan bella —dirá alguna envidiosa—
como dice el poeta en su escritura?

Para a continuación describir la gracia y armonía de su persona.

Dado que se trata de un préstamo musical, no es extraño que su lectura se marque con *Tempo lento, nostálgico y quasi romántico*. Del uno al veinticuatro los sonetos son alejandrinos, verso del que nos dice A. Machado que es *dulce y grave*, propicio a la narración.

Cuenta Paco que, a medida que lo iba escribiendo, se lo leía a Teresa, de este modo se convierte en un diálogo del que conocemos aparentemente una parte, pues

la otra parece asentir y corresponder a ese impulso enamorado por el que el poeta se dirige una y otra vez, como la polilla a la luz.

Da testimonio del nacimiento y progreso de su amor, asistimos al paso del tiempo y con éste a la complicidad del otro que se manifiesta en silencio. Este silencio facilita el carácter confesional, pues despojado de todo convencionalismo, declara su pasión. A veces me parece descubrir a Bécquer, que entre bambalinas, asiste o dirige este concierto.

Para facilitar su lectura se podría fragmentar en: infancia y adolescencia, noviazgo, matrimonio, pasado y presente, por último, celebración.

Teresa, hija de los padrinos de Paco, más la vecindad, la proximidad, que el vivir en un pequeño pueblo aporta en las relaciones, permite asegurar que ambos se conocían desde niños y compartieron los primeros juegos. Ya desde el primer soneto declara su pasión:

Desde que yo era niño tímido y candoroso
soñé que ella fuera mi amor de adolescente.
La miraba a los ojos e inclinaba la frente
premiando mi osadía con gesto ruboroso.

Este comienzo, más los sonetos segundo y tercero se concretan y matizan con el poema titulado *Pan, vino y azúcar*, que tiene esta dedicatoria: *A Teresa, mi compañera, recordando su infancia de colegiala*, en él conocemos la edad de Paco y la de ella:

Yo tenía doce años y ocho ella,
¡Qué redondita y menudita era!

En los siguientes continúa con su irremediable disposición de enamorado, sin reparar en todo tipo de argumentos románticos: silencio, la mirada, belleza inalcanzable, locura, para terminar con ese tono coloquial que será uno de sus elementos fundamentales, y que proporciona cierto realismo, equilibrio, para estos supuestos desafueros verbales, como un Quijote que se oyese. Así termina el segundo:

Pero yo era tan tímido que bajo mi camisa
no me cabía el cuerpo, feliz y tembloroso...

En el tercero, es más explícito, no se recata:

Y viéndola tan bella, a solas me decía:
¡Ella es como esas niñas que están para comérselas!

El proceso amoroso ha de comunicarse, es necesario romper no con el silencio, pero sí con la mudez. En el cuarto asistimos a la torpeza del adolescente, a su timidez, el enamorado tras repetir unas palabras largamente pensadas, queda mudo. Su silencio, aquellos puntos suspensivos de Bécquer, será más elocuente, pero él no lo sabe. Paco se avergüenza de su torpeza:

Su sonrisa fue cómplice y mi pudor inmenso.
 ¿No tuve más palabras? Seguro es que no tuve.
 Y me pasé la tarde y la noche buscando

Se corresponde con los poemas *Ruego* y *La voz del padre*. El primero epístola a su hermano en el que da cuenta de su razón de amor. El segundo muestra la sabiduría del padre. Poco a poco, a medida que se conoce, su pasión se concreta, objetiva y se convierte en hecho social.

En el soneto quinto subtítuloado 20 de junio 1951, sucede la declaración formal. He aquí la primera fecha en esta biografía amorosa. Después vendrán otras: soneto VI, 30 de mayo de 1952; VIII, 15 de octubre, (Onomástica de Teresa); XIII, 20 de marzo de 1958; XXV A TERESA, al cumplirse el 50 aniversario de nuestra boda 30 de noviembre de 1955, 30 de noviembre de 2005.

El 20 de junio de 1951, se hacen novios:

Ella estaba exultante de salud y belleza
 aquel veinte de junio del año que ella sabe
 tenía veinte años plenos y esplendorosos.

El 30 de mayo de 1952, VI, Teresa toma la palabra. Hasta ahora ha sido Paco quien ha hablado de su rubor, de su esplendor, es él quien transcribe. Ajeno a los convencionalismos, el poeta piensa que, puesto que ya son novios, no es necesario someterse a ese rito social que debe confirmar lo que ya se sabe. Este día, Teresa, habla:

¿Te vas y no le dices a mi madre que te amo?
 Si tanto te he esperado, ¿por qué te vas y callas?
 Yo te amo y te lo digo, y tú, Paco, no hallas
 palabras que respondan a mi dulce reclamo.

Lo que nos revela una Teresa temperamental, mujer capaz de tomar la iniciativa en los momentos clave. Desde ese mismo día percibimos su voz con toda claridad. Algunos de sus versos son los que aparecen en *Pan, vino y azúcar*, con el mismo título, aunque el subtítulo pone en claro la situación: El regreso, significa que Paco, novio in pectore, ha regresado de Barcelona, su primera plaza como funcionario de correos, y sucede el encuentro entre dos adultos, de ahí que deba proceder como tal para poner en orden su situación. El enamorado, aturdido, se despide, aunque triste y, es ella, la que a modo de musa le susurra el mismo primer verso, seguido de otros que amplifican su sentido:

Ella, entonces me susurró al oído:
 «¿Te vas y no le dices a mi madre
 lo muchísimo que tú y yo nos amamos
 desde un tiempo que apenas nadie sabe.
 Acércate, háblale, que ella te espera
 para darte el permiso en esta tarde
 encendida de mayo. No seremos
 novios furtivos como fuimos antes?».

En el VII, declara:

La acaricié y le dije: «Amar es nuestro sino».

En el IX, insiste en la fatalidad de sus destinos, al mismo tiempo en la fuerza de Teresa:

Tu primer pretendiente no te duró un suspiro.
Predestinada estabas para Sánchez Bautista,
funcionario y poeta de vena inconformista
que, pegado a tus faldas, no te daba un respiro.

Si juzgamos nuestra vida desde una doble perspectiva, funcionario correspondería al plano social, este soy, aquel que la gente conoce, pero hay otra vida, la privada, que sin duda es la del poeta, poeta de vena inconformista, esto es, ético, honesto. Era el tiempo en el que la ética se convertía en actuación. El poeta se veía impelido a decir, y sus versos fueron la manifestación de ese compromiso. De ahí que la censura del Régimen retirase la edición de su obra *Elegía del Sureste*, 1960.

El X, subtítulo Paisaje y espacio, con técnica impresionista, describe el escenario de sus amores:

Monte de Miravete, sierra de Las Lumbreras,
España hacia el Poniente. Tardes primaverales.
Al fin éramos novios. Crecían los trigales
y un júbilo de mirlos había en la moreras.

En el siguiente, aparece Teresa a modo de tú autorreflexivo y, la naturaleza, como plano objetivo, refiere el paso del tiempo, un antes y un ahora que ha modificado el paisaje. De este modo el supuesto diálogo y sus interlocutores son superados por el ser del mundo, constituido por cosas que pasan, y a ese pasar lo llamamos tiempo.

Así el poema se configura como un ángulo en cuyo vértice, como pregunta se propone el tema fundamental: la existencia de aquellos años, cuando los amantes rodeados de la frondosidad de las huertas y la abundancia de las aguas, siendo jóvenes compartían esa fuerza genesíaca que es la alegría de vivir:

En este lugar fuimos jóvenes animosos,
cuando los días eran luminosos y eternos,
y el tiempo, ¿qué era el tiempo, si de tanto querernos
no era fin ni principio, sino instantes dichosos?

Esta relación entre naturaleza y amantes, contemplada desde una perspectiva elegíaca se concreta en los tiempos verbales, como pasado: crecían, fuimos, eran, era, tenía, traía, brotaba. Frente al único presente, queda, que precedido por un no rotundo, equivale también al pasado.

Texto XIII, subtítulo 20 de marzo de 1958, no se declara un motivo preciso, la fecha es definitiva en la familia. Ese día han alcanzado la cumbre de una realidad que titula con el eufemismo guerra de amor. El texto termina:

Sólo el Destino cuenta, sólo el Destino sabe
de nuestro amor inmenso, por qué gorjea el ave
y por qué aquella dicha nos parecía eterna.

El XIV, *En la playa*, muestra la sensualidad del cuerpo que ciñe la tela mojada. Para expresar el poeta la magnitud de su atracción, recurre a Afrodita, Venus, Ulises, Neptuno y Eolo, quienes nada son, sólo papel mojado, ante su presencia. Toda la grandiosidad del mar, se debía a ella:

El mar, sin ella, nunca llegó a verse tan solo,
sin peces ni tritones, sin Neptuno ni Eolo.
¡Tan sólo nuestros besos daban eco a un remanso!

Los sonetos trece y catorce, se orientan hacia una plenitud sensual mediterránea que se ilustra con los textos *Primavera bajo los álamos* y *Balada de los dos pome- los*, poemas que podemos situar en un tono entre Celestina y Arcipreste, alejado de un realismo sucio, que conecta con una libertad, con un gozo de vivir, semejante al existencialismo jubiloso de Guillén en *Salvación de la primavera*.

Ahora llegamos al lenguaje universal de la música que, sin palabras, comunica. En el comienzo del soneto XV, se exponen los gustos de la amada, con distintos grados hasta alcanzar el sublime de la poesía. El tímido autor que debía ser Paco por aquellos años, encuentra por fin su lector, de tal modo que al reconocer Teresa la valía de sus versos, él se conoce como poeta, así lo confirma diciendo:

el estímulo que me dio su alabanza.

En el XVI encontramos una vuelta atrás, el tiempo personal no está sujeto al calendario, depende del recuerdo, a menudo compartido, de ahí que el texto se mueva en un espacio donde todo puede estar presente. En este poema se alude al deseo de Paco de que Teresa asista a sus conciertos con piezas de Mozart Shubert o Beethoven. Cuenta Paco que su madre se lo tenía prohibido. En *El Libro de las Trovas (1991-2002)* presenta en *Trova de invitación al baile (rondó gracioso molto vivace)*, que cierra este libro, el diálogo entre Teresa y Paco, amigos especiales, aspirantes a novios, versos heptasílabos con rima asonante, en donde Paco le expone el programa, pero ella una y otra vez rechaza la invitación, pues su madre se niega. El poema se cierra con estos versos:

(Quizás ya nos amábamos,
pero su madre..., pero...)

Ahora, trata la correspondencia entre lo leído y lo vivido, soneto XVII. Resulta curioso que elija Ronsard, el mismo que Juan Ramón lee con Platero, capítulo XLVIII, en el que trata de cómo la lectura transforma el texto, el lector como cocreador. En paralelo con lo que dice Gide en *Los alimentos terrestres*: «No me basta con leer que las arenas de la playa son suaves; quiero que mis pies desnudos lo sientan».

Ocurre entonces que la vida resulta más potente que la lectura, o mejor, todo es naturaleza, todo es vida. Se aleja de una interpretación romántica:

Pero tú y yo, Teresa, nunca hemos añorado
amores imposibles. El nuestro fue gozado,
ya que, en sazón, cogimos «las rosas de la vida».

Paco, atento siempre a la historia, guardián de la memoria, en el texto XIX, o *Pesadilla angustiada*, encuentra que es la propia realidad, donde sustenta su vida, quien le ha olvidado. El soneto, se compone con un supuesto diálogo entre Teresa y Paco, en el que ella lo desconoce, lo convierte en huérfano, peregrino dice el poeta. La pesadilla se cierra al despertar:

Desperté y ella estaba. Me la guardó el destino.

Tras la interrupción de *Pesadilla*, con su nota triste y su final feliz, los siguientes sonetos, XX y XXI, recuperan el tono gozoso, ahora parece que se atiende más a un mundo recordado, así en el primero la alusión al pájaro interior, que es:

¡El amoroso pájaro que en nuestra sangre crece!

Mientras en el segundo, se interrumpe el curso temporal, por una vuelta atrás, el accidente pasajero de una enfermedad, aproxima a los amantes, el conocimiento del otro desposeído de los convencionalismos sociales, la entrada en la intimidad de su dormitorio, donde una vez más vuelve a aparecer la serenidad de la amada:

Quise besarla toda: en las manos, la frente
y... Entonces me dijo ella con voz desfalleciente:
«Ya es hora de irte, Paco. Ven temprano mañana».

La pareja siguiente, XXII y XXIII, comienzan a cerrar este rondó. En el primero, el poeta, suplica a su amada que no cese en su alegría, pues si llegara a caer en la tristeza,

¿Quién alivia mi pena?

El siguiente se refiere a la muerte de la madre de Teresa.

Para cerrar el XXIV y el XXV, en uno homenaje a lo que ha sido Teresa y lo que han sido ambos. Predomina una nostalgia de la infancia, la patria verdadera. Con el otro, *Al cumplirse el 50 aniversario de nuestra boda*, el alejandrino deja paso al endecasílabo, que cierra esta historia de amor:

Tanta gracia, Teresa, me tenía
suspendido en un éxtasis eterno
aquel día en que unimos nuestras vidas